

Hacia una filosofía del alivio

La condición histórica que atraviesa el capitalismo financiero y tecnológico contemporáneo no puede comprenderse adecuadamente si se la reduce a una crisis económica o a un conjunto de disfunciones institucionales. Lo que está en juego es una mutación ontológica del modo en que la vida es producida, administrada y gobernada. La inseguridad material crónica no constituye un fenómeno accidental ni transitorio, sino una forma estable de organización social que articula economía, biología y subjetividad. Comprender esta forma exige un análisis filosófico riguroso que permita pensar cómo el poder se ha desplazado desde la coerción visible hacia la administración integral de la existencia.

En este sentido, la filosofía política contemporánea ofrece herramientas decisivas. Los aportes de varios intelectuales permiten cartografiar un régimen de dominación que ya no se limita a disciplinar cuerpos o a explotar trabajo, sino que interviene directamente sobre el sistema nervioso, el tiempo vital y la capacidad de sentido.

El shock como condición permanente

Naomi Klein formuló en *La doctrina del shock* una tesis central: el neoliberalismo avanza allí donde logra producir estados de desorientación colectiva que suspenden la capacidad de resistencia. El shock, en su formulación original, se asociaba a eventos traumáticos excepcionales —golpes de Estado, guerras, catástrofes naturales— que permitían imponer reformas estructurales regresivas. Sin embargo, la fase actual del capitalismo ha radicalizado este mecanismo: el shock ya no es un acontecimiento extraordinario, sino una condición permanente.

La inseguridad material crónica puede leerse como una actualización de la doctrina del shock. La caída sostenida del salario real, el desacoplamiento entre productividad y bienestar, la inflación concentrada en bienes esenciales y el endeudamiento masivo de los hogares configuran un estado de trauma económico prolongado. Klein advierte que el shock no busca únicamente destruir, sino producir regresión. La regresión contemporánea no es solo política, sino cognitiva y biológica: la vida se reduce a la gestión de urgencias, y el horizonte de futuro se clausura.

Desde una perspectiva filosófica, este shock permanente implica una transformación de la temporalidad. El tiempo deja de ser apertura y se convierte en amenaza. El presente se

impone como supervivencia, mientras el futuro aparece colonizado por la deuda y la incertidumbre. El sujeto shockeado no es incapaz de comprender, sino de proyectar. Esta suspensión del tiempo es una condición fundamental de la gobernabilidad neoliberal.

La autoexplotación como forma de dominación

Byung-Chul Han ofrece el marco ontológico para comprender cómo este régimen se inscribe en la subjetividad. En *La sociedad del cansancio* y *Psicopolítica*, Han sostiene que el poder contemporáneo ya no opera principalmente mediante la negatividad de la prohibición, sino a través de la positividad del rendimiento. El sujeto ya no es obediente, sino emprendedor de sí mismo. Esta mutación produce una forma de dominación radicalmente eficiente: la autoexplotación.

El sujeto de rendimiento se percibe como libre, pero esa libertad funciona como coacción internalizada. El imperativo ya no es “debes”, sino “puedes”. En un contexto de inseguridad material crónica, este mandato se vuelve devastador. La imposibilidad de alcanzar estabilidad o bienestar no se interpreta como fracaso del sistema, sino como insuficiencia personal. El resultado es el agotamiento, el burnout, la depresión: patologías que Han interpreta no como anomalías individuales, sino como síntomas estructurales.

Filosóficamente, la sociedad del cansancio implica una crisis de la negatividad y de la alteridad. En *La agonía del Eros*, Han sostiene que el exceso de positividad destruye la relación con el Otro. Cuando todo se convierte en proyecto, rendimiento u optimización, el vínculo se vacía de gratuidad. La erosión de la oxitocina descrita por la neurobiología del estrés encuentra aquí su correlato filosófico: una sociedad agotada es una sociedad incapaz de comunidad.

Optimismo: privatización del sufrimiento

Barbara Ehrenreich aporta una crítica decisiva a la ideología que sostiene subjetivamente este régimen. En *Sonríe o muere*, analiza el pensamiento positivo como una forma de disciplinamiento emocional. Lejos de ser una práctica inocua, el optimismo obligatorio funciona como un dispositivo político que privatiza el sufrimiento social. Frente a la precariedad estructural, se exige actitud, resiliencia y adaptación.

Desde una perspectiva filosófica, el pensamiento positivo implica una negación de la realidad material. La angustia, que es una respuesta racional y biológicamente adaptativa

frente a la amenaza, es redefinida como patología. El conflicto estructural se disuelve en introspección psicológica. Ehrenreich muestra cómo esta ideología impide la politización del malestar: si el problema es la actitud, no hay nada que transformar colectivamente.

Esta negación del conflicto refuerza la lógica del sujeto de rendimiento descrita por Han. El individuo no solo debe soportar la precariedad, sino hacerlo con entusiasmo. Así, el mandato de la felicidad, se convierte en una forma de violencia simbólica que se suma a la violencia material.

Deshumanización social

Rita Segato introduce una dimensión ética fundamental para comprender este proceso. En *Contra-pedagogías de la crueldad*, sostiene que el capitalismo contemporáneo requiere una reeducación de la sensibilidad social. La pedagogía de la crueldad consiste en habituar a las sociedades al dolor ajeno, en transformar lo vivo en cosa. El sufrimiento deja de interpelar y se vuelve paisaje.

Desde esta perspectiva, el ataque a los sistemas de cuidado, a los jubilados, a las personas con discapacidad, a la salud pública y a la universidad no es un efecto secundario del ajuste, sino un mensaje político. Se enseña que la vida solo merece ser sostenida si es rentable. La crueldad cumple una función disciplinadora: produce miedo, fragmenta solidaridades y destruye la idea de derechos universales.

Filosóficamente, la pedagogía de la crueldad implica una ruptura del lazo social. Allí donde la modernidad había construido pactos de reciprocidad, el neoliberalismo instala una lógica de descarte. Esta deshumanización tiene efectos directos sobre la subjetividad y sobre la biología: el estrés crónico, la erosión de los vínculos y el aislamiento no son daños colaterales, sino condiciones necesarias del orden.

Caos, resentimiento y degradación de la razón pública

Este agotamiento es capturado políticamente. En *Los ingenieros del caos*, Giuliano da Empoli, describe el funcionamiento de los algoritmos como dispositivos que operan sobre emociones primarias en contextos de escasez cognitiva. Cuando la inseguridad material reduce el ancho de banda mental, los sujetos se vuelven más vulnerables a narrativas simplificadoras y punitivas.

El caos no es desorden, sino método. El malestar aritmético producido por la precariedad es traducido en resentimiento político, fácilmente direccionable contra chivos expiatorios. Desde una perspectiva filosófica, este proceso implica una degradación de la razón pública. La deliberación es sustituida por la reacción emocional, y la política se transforma en administración del miedo.

En su conjunto, estos aportes permiten delinear una ontología del agotamiento. El capitalismo financiero y tecnológico no solo explota trabajo y extrae renta: coloniza el sistema nervioso, captura el tiempo y reconfigura el deseo. La desigualdad deja de ser únicamente económica y se vuelve biológica y subjetiva. La pobreza se hereda como configuración del cuerpo y de la mente.

Micropolítica del deseo y reapropiación de la sensibilidad

La obra de la filósofa y psicoanalista brasileña Suely Rolnik, particularmente desarrollada en *Esferas de la insurrección*, desplaza el análisis hacia una dimensión decisiva: la micropolítica del deseo y de la vida sensible. Rolnik parte de una tesis fundamental: el capitalismo contemporáneo no domina únicamente a través de estructuras económicas o dispositivos ideológicos, sino mediante la captura directa de la potencia vital de los cuerpos, es decir, de su capacidad de sentir, afectar y ser afectados.

Para Rolnik, el poder opera allí donde logra producir una separación entre la experiencia vivida y la posibilidad de escuchar lo que esa experiencia indica. La inseguridad material crónica, en este sentido, no solo genera estrés o angustia, sino que actúa como una tecnología de anestesia de la sensibilidad. El cuerpo, expuesto de manera permanente a la amenaza y a la urgencia, aprende a cerrarse para sobrevivir. Esta clausura sensible no es una patología individual, sino una condición política inducida.

La autora introduce una distinción clave entre la política macroscópica —instituciones, leyes, gobiernos— y la micropolítica, entendida como el plano en el que se juegan los modos de existencia, los afectos y el deseo. El neoliberalismo financiero y tecnológico necesita sujetos funcionales, adaptables y resilientes, pero no sujetos sensibles. La sensibilidad, en tanto capacidad de percibir lo intolerable, constituye una amenaza para el orden establecido.

En *Esferas de la insurrección*, Rolnik sostiene que toda transformación política comienza con una ruptura micropolítica: el momento en que el cuerpo ya no soporta lo que lo violenta y recupera la capacidad de registrar ese no-soportar. La insurrección no emerge

primero como programa o consigna, sino como una fisura en la anestesia sensible. Sin esa fisura, el malestar permanece capturado, aislado y fácilmente instrumentalizable.

Pensar filosóficamente esta condición no es un ejercicio académico, sino una tarea política. Nombrar el cansancio, el shock y la crueldad permite romper su naturalización. Frente a un sistema que necesita sujetos agotados, aislados y culpabilizados, la filosofía recupera su función crítica: restituir la sensibilidad corporal como posibilidad de sentido, de conocimiento, de comunidad, de futuro, de proyecto político.